

Esteban Borrero Hechevarría

DE AQUELLA generación de cubanos esclarecidos en la que figuró en lugar destacado, el doctor Esteban Borrero Hechevarría, van quedando ya pocos. La gran mayoría ha desaparecido; han caído en la "insondable fosa"; han emprendido el eterno y misterioso viaje. Fué Borrero un espíritu selecto, forjado en el yunque de las privaciones y de la pobreza, que logró sobresalir y triunfar en un ambiente completamente hostil. Como el Marqués de Santa Lucía, como la Avellaneda y como Agramonte, Borrero nació en Camagüey, la ciudad heroica, donde parece que "aún palpita el espíritu de las edades pasadas", como ha dicho Varona.

Esteban Borrero Hechevarría fué un gran corazón y una soberana inteligencia, que se consagró siempre, a los más hermosos ideales de la vida. Desde edad juvenil ejerció el Magisterio; fué profesor auxiliar en el colegio que dirigía en Puerto Príncipe, su buena madre, doña Ana Hechevarría. Cuando aún no contaba veinte años, se lanzó a la Revolución, al estallar la Guerra del 68, seguido de algunos de sus discípulos en quienes había sabido infiltrar, junto con los rudimentos de las ciencias y de las artes, el hermoso sentimiento de amor a la patria.

En las filas del Ejército Libertador demostró su actividad, su valentía y su arrojo, pues, al poco tiempo de su ingreso en ellas, llegó a ser un brillante oficial. Hecho prisionero, fué traído a la Habana; pero logró librarse de la pena de muerte y también de ser desterrado a Isla de Pinos; y mediante gestiones que realizaron algunos amigos suyos, pudo permanecer en esta Capital, con la sola obligación de presentarse todos los días en las oficinas del Gobierno Colonial. En tal estado, con el carácter de confinado, permaneció hasta que terminó la centienda del 68, por el Pacto del Zanjón.

En esa época, volvió otra vez el profesor Borrero Hechevarría a sus labores habituales. Ejerció de maestro en un acreditado centro educacional que funcionaba en esta capital, y al año de desplegar tal labor, fue director y propietario del plantel. Ni los surrimientos ni los obstáculos lo alejaron de su amor al estudio. Su cultura, ni aún durante el período en que perteneció al Ejército Libertador, dejó de nutrirse, porque ávido de saber, robaba horas al descanso para leer y estudiar.

Falto de recursos económicos, pero con otros que suplían muy bien a éstos: la voluntad y la inteligencia, logró realizar estudios en la Universidad y graduarse de Licenciado en Medicina y Cirugía, el ocho de octubre de 1879.

Un solo detalle daremos a conocer de su vida estudiantil, para que pueda apreciarse debidamente su mérito: las matriculas las ganó merced a los premios conquistados. En seguida comenzó a laborar en su condición de médico, sin abandonar el magisterio. Y en el ejercicio de ambas profesiones, sobre la aridez de la Ciencia, se significaba siempre su sensible espíritu, abierto a las más delicadas emociones humanas: así fué un exquisito poeta y un cuentista admirable.

En el año de 1895, al iniciarse la Guerra de Independencia, emigró de Cuba el doctor Borrero, actuando como Delegado del Partido Revolucionario en las repúblicas centroamericanas. Su labor como propagandista de la causa emancipadora fué tan eficiente como la desplegada en el campo de la Revolución.

Terminada la Guerra, regresó a la patria, y tuvo que empezar de nuevo. Restauró su casa. Con el mismo afán de los años juveniles, siguió acrecentando sus conocimientos científicos y artísticos.

El Gobierno Interventor vió en el doctor Borrero Hechevarría, un cónsul auxiliar en la obra de organización escolar del país, y lo nombró Subsecretario de Instrucción Pública. En ese cargo, como en el de Superintendente General de Escuelas, que también desempeñó, colaboró en la dirección y desenvolvimiento del sistema educacional establecido, evidenciando una vez más, su gran amor a Cuba, en el cual no disminuyó un instante ni durante los azarosos días de la Guerra, ni durante los tristes de la Emigración.

Ingresó en el profesorado de la Universidad, en enero de 1900, como catedrático de la Facultad de Ciencias; el 12 de julio de 1900, fué designado Profesor de la Escuela de Pedagogía. En el desempeño de esta cátedra, le sorprendió la muerte, en 29 de marzo de 1906.

Hemos hablado primeramente, del revolucionario, del profesor, del médico, para tratar en último término, del escritor y del poeta. Esteban Borrero Hechevarría escribió muchas obras didácticas. Entre ellas, "El amigo del Niño", donde demostró su refinamiento espiritual y su cultura.

2

1000057

Colaboró en distintas revistas literarias y científicas, nacionales y extranjeras. Entre las primeras, recordamos la "Revista de Cuba", que dirigió José A. Cortina, y la "Revista Cubana", del doctor Enrique José Varona. En 1878, dió a la publicidad su primer libro de versos. Al año siguiente, veía la luz "Arpas amigas", con la colaboración de Varona, Diego Vicente Tejera, los hermanos Sellén y José Varela Zequeira. Continuó Borrero su labor de publicista escribiendo muy interesantes obras, en prosa y verso. Una de éstas: "Las Aventuras de las Hormigas", es un exponente de su cautivador estilo. En todas sus composiciones, Borrero, siempre mantuvo un sentido noble de la vida, no obstante los quebrantos y dificultades que tuvo que vencer y soportar.

Fué un gran cervantista. Pocos cubanos habrán estudiado tan profundamente y comprendido como él, la famosa creación del "Príncipe de los Ingenios Españoles", sobre la cual, tanto se ha escrito. Recordamos que en cierta ocasión, refiriéndose a las producciones que en todas las épocas, han inspirado en la obra inmortal de Miguel de Cervantes Saavedra, hubo de recitarnos un bello y admirable soneto, que, según él, pertenecía a un autor desconocido; pero que nosotros hemos creído siempre, que fuera obra suya. El soneto a que nos referimos, es el siguiente:

"—No ha muerto D. Quijote. Se pasea
Adarga al brazo, por la vida humana;
Aún vive Sancho entre la gente llana
Y asoma en todo ensueño, Dulcinea.

Aún rompe lanzas en audaz pelea,
Con la austera razón, la ilusión vana;
Se suspira por la Insula lejana
Y un amor imposible se desea.

Aún va la Humanidad en su quebranto,
Mezclando por la senda de la vida,
Con las risas homéricas, el llanto.

Aún tiene en su inquietud y en su reposo,
El honor en un sitio que se olvida
Y la felicidad, en el Toboso..."

Como cuentista, a Borrero Echevarría pocos en Cuba, le habrán superado. Pone de manifiesto su maestría en ese género tan difícil, la narra-

ción que publicó en la revista "La Habana Literaria", con el título de "Machito Pichón". En esa sentida y bella composición, nos habla Borrero de su gran amor por la Naturaleza; de cómo, niño aún, era su placer preferido, permanecer largas horas del día perdido en la selva, disfrutando de sus encantos y de sus misterios. Refiere, a continuación, su gran admiración e interés por los pájaros:—en aquella etapa de su vida, constituyó ardiente deseo suyo, la posesión de uno de esos pequeños seres de colorido plumaje y de canto melifluido y sugestivo. Con grandes dificultades, pudo al fin, reunir la cantidad necesaria para adquirir una de esas aves. Presentóse, a ese efecto, en el establecimiento de un viejo pajarero en la población donde residía. Con gran timidez, con palabra balbuceante por la emoción que le producía la inmediata posesión de su anhelo, solicitó el ejemplar que le fué dable adquirir por la cantidad de que disponía. Fra un pequeño tomeguín el que le interesaba. El comerciante se lo entregó mediante el precio estipulado. En posesión ya del aye, al examinarla, pudo advertir que el color amarillo del cuello no tenía la viveza que es peculiar en el macho de esa especie. El joven Borrero, con ingenuidad, así se lo hizo observar al vendedor; pero éste, tranquilizándolo, le dijo que la palidez del color en el cuello, obedecía a que el pajarillo era todavía pichón; pero que ya crecería con el tiempo, y que, seguramente, sería un ejemplar muy buen cantador. Con el fin de acabarlo de convencer, agregó con tono persuasivo, el vendedor: "lléveselo usted, niño, con confianza, que es un machito pichón".

Borrero continúa exponiendo cómo él no quiso insistir más sobre sus dudas y que, con la satisfacción que le produjo la posesión ansiada, se dirigió a su hogar, dónde pasaron días y el pájaro no cantó; no cantó nunca, porque el ejemplar era hembra y las hembras de esa especie, son mudas...

Y termina el narrador: "Machito Pichón!; ¡burla bien cruel!..." Debajo de aquellas palabras cínicamente tranquilizadoras, había oculta toda la bajeza de que es capaz el alma humana degradada. Muchas veces después, en los momentos de las grandes decepciones y de las humillaciones que nos impone la vida, he sonreído amargamente, recordándolas. La verdad es que yo no estaba preparado para tanto: había vivido demasiado en la naturaleza, y sabía, quizás, reconocer la zarza, pero no conocía al hombre!..."

TOMAS MONTERO.